

EL SUJETO EN EL PSICOANÁLISIS

AMAYA ORTIZ DE ZÁRATE
Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Revisaremos la noción Psicoanalítica de Sujeto a partir de la primera división freudiana entre consciente e inconsciente y su posterior discriminación entre ello y yo, para abordar por último la introducción del concepto de Sujeto del Inconsciente, realizada por Lacan, por oposición a la noción de ego o yo.

Esta última dicotomía se inscribirá así en la oposición dialéctica entre consciente e inconsciente, entre imaginario y simbólico.

El concepto de Sujeto del Inconsciente permitiría, por último, la diferenciación entre las nociones de Significado y Sentido.

El Significado podría definirse como el producto de las relaciones entre significantes, remitiendo al interior mismo del sistema lingüístico, fundamentando un campo, el de la Objetividad, que es el de los intercambios lingüísticos.

El Sentido, en cambio, producido en el cruce de los significantes con la experiencia real del Sujeto, configuraría un campo de Subjetividad, que es el espacio del Sujeto y su deseo.

ABSTRACT

We'll review psychoanalytical notion of Subject starting from first Freudian partition between conscious and unconscious and his latest discrimination between Id and Ego, for finally arrive the Lacan's notion of Unconscious Subject, as opposite to the notion of Ego.

This latest dichotomy would be included in the dialectical opposition between conscious and unconscious, between Imaginary and Symbolic.

The concept of Unconscious Subject would let us, at last, discrimination between Meaning and Sense notions.

Meaning could be defined by the product of significant relations, sending to the inside of the linguistic system itself, framing a field of objectivity, the field of linguistic interactions.

Sense, by contrast, is product of the cross of significants with real experience of Subject, and would shape a field of Subjectivity, that is the Subject and his desire.

Un hombre sale de su casa en plena noche bajo el pretexto de pasear a su perro. a pesar de que, según le advierte su mujer, ha comenzado a llover.

Su intención no es otra, sin embargo, que la de llegar hasta la cabina más próxima para telefonar a su amante.

Una vez en la cabina marca un número al que contesta una voz femenina que no reconoce. Suponiendo que se trata de la compañera de apartamento de su amante, le pregunta por ésta.

A continuación oye con estupor a su interlocutora llamarle por su nombre, y reconoce entonces la voz de su mujer quien, a su vez, le ha reconocido a él.

El hombre, súbitamente, comprende entonces que ha cometido el estúpido error de marcar el número de su propia casa. Confundido, cuelga.

Es este un caso ejemplar de acto fallido, tomado del arranque mismo de una novela de moda de los últimos años. (Tom Wolfe. *La Hoguera de las Vanidades*)

Tenemos como punto de partida, por tanto, el deseo consciente de un personaje. consistente en mantener oculto a su esposa todo lo relacionado con su infidelidad conyugal.

Pero diríase que tanto más se esfuerza por llevar a cabo su intención, cuanto mayor es la fuerza con la que va a irrumpir cierta tendencia opuesta.

¿Cómo podría ser esto explicado? ¿De dónde procede ese otro deseo que se impone sobre el deseo consciente del yo, con tan notable efectividad?

Sin duda, alguno de ustedes pensará que se trata sencillamente de un error. Un fallo en el procedimiento de acceso al código telefónico, según el cual el número más habitual se ha impuesto, debido a su alto nivel de probabilidad o frecuencia de uso, sobre cualquier otra selección.

Parece sin embargo inadecuado apelar a un procedimiento automático de recuperación del número de teléfono cuando el protagonista del *lapsus* sortea tantas dificultades, y se toma tantas molestias, para llevar a cabo esa llamada.

Pero sobre todo, ¿Por qué no reconoce la voz de su mujer cuando ésta descuelga el teléfono? De hecho no se apercebirá de su error hasta que éste sea completo, es decir, cuando sea ya demasiado tarde.

Consideremos por tanto la posibilidad de que no se trate de un error sin sentido, sino de uno con sentido: el de la irrupción, en las acciones guiadas por el discurs-

so consciente, ordenado según el deseo del yo, de otro deseo, éste desconocido o inconsciente, que logra sin embargo imponerse sobre el primero.

Aunque todas las ciencias implicadas en el problema del conocimiento, las ciencias cognitivas, la semiótica, la lingüística y sobre todo la pragmática, afirman la necesidad de introducir las creencias, las intenciones, y los deseos del sujeto que conoce, lo cierto es que permanece ignorada la naturaleza dialéctica, tensional, de la compleja subjetividad humana.

Cuando se habla de expectativas e intenciones se anotan, en el mejor de los casos, los propósitos conscientes relativos a los objetos que conforman el campo cognitivo del yo.

Nada, en cambio, responde de la existencia del deseo inconsciente. Un deseo que, independizándose de los objetos y tendencias conscientes, va más allá de ellos, afirmándose incluso a costa de su pérdida.

Es un hecho de todos conocido que cuando un individuo ha acariciado largamente una meta, por la que ha luchado y con la que ha soñado mucho, a menudo no puede vivir su consecución sino con sentimientos que podríamos caracterizar como propios de la depresión.

De hecho, tanto más se afirma el deseo de un sujeto en su dimensión puramente pasional, tanto más tiende éste a ser defraudado por la posesión de los objetos.

En esta misma lógica podríamos interpretar el acto fallido del protagonista de la novela a la que aludíamos anteriormente.

Con toda la eficiencia de la que es capaz su aparato lógico, los propósitos conscientes del sujeto se dirigen a conservar sus objetos, es decir, a conservar tanto a su mujer como a su amante, aún cuando sea preciso para ello mantenerlos separados, en esferas inconexas de su propia experiencia.

Su deseo inconsciente parecería apuntar, sin embargo, a la expresión de una profunda perplejidad frente a las dos mujeres que son su objeto, con las que parece incapaz de mantener una relación no abocada de forma irremediable al conflicto.

Y es precisamente al conflicto a lo que su deseo apunta, aún a riesgo de perderlas a las dos. Habría una confrontación, por tanto, inconscientemente deseada, aunque racionalmente evitada debido a sus catastróficas consecuencias para el yo.

La necesidad de descubrirse como infiel ante su mujer, por otro lado, marca la infidelidad respecto de la esposa como una acción en buena medida dedicada a ella.

Si lo que parece estar en juego es la subversión de una ley de fidelidad que le liga a su esposa, esta subversión no puede ser completa sin que ella lo sepa.

Se hace así necesario considerar la posibilidad de que el despliegue, en apariencia claramente masculino de actividad sexual extramatrimonial, pudiera ser interpretado como la compensación de un sentimiento de impotencia y hostilidad de fondo hacia la propia esposa.

Un funcionamiento, este último, plenamente en la lógica del orden imaginario: reconocer más y mejores objetos codiciables, con los que, a través de una u otra forma de apropiación, pueda acabar el yo por identificarse.

El deseo del inconsciente motivador del *lapsus*, por el contrario, apuntaría con precisión sobre el objeto contra el que parece llamado, indefectiblemente, a chocar.

En *El Yo y el Ello* (1923) afirma Freud que la premisa fundamental del psicoanálisis es la diferencia **consciente/inconsciente**, y define el inconsciente como un conjunto de **representaciones cargadas de energía**, que son mantenidas fuera de la conciencia mediante la acción de una energía opuesta y proporcional ejercida por el yo. Se trata del mecanismo de la **represión**.

Freud define así el **yo** como una organización **coherente** de procesos psíquicos, capaz de conciencia, pero que incluye también **una parte inconsciente**, aquella que tiene que ver con la represión, es decir, con la capacidad para interceptar aquellas representaciones que atentan contra la unidad y coherencia del yo.

Resulta sencillo, por tanto, deducir que una parte más o menos importante del material significativo para un sujeto, es decir parte de aquello con lo que está realmente concernido, no sólo no se encuentra a disposición del sistema unitario y excluyente de su yo, sino que es, por definición, incompatible con él. Es de este punto precisamente, de donde arranca la reflexión lacaniana.

En *Los Escritos Técnicos de Freud*, su primer Seminario publicado, dice Lacan textualmente:

El Sentido desborda el significado, el Sujeto desborda el yo (32).

Partiendo de la distinción de Benveniste entre **sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación**, distingue Lacan entre una **función mediadora** de la palabra, y una **función de revelación**, como la que tiene lugar en el sueño.

En el sueño, dice Lacan, una **palabra verdadera** emerge, y con ella se inscribe, en el discurso consciente, el sujeto del inconsciente.

En su Seminario II, *El yo en la teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica* continúa Lacan con la elaboración del **concepto de yo por oposición al de sujeto del inconsciente**.

Y empieza por citar a Platón para apoyar el aserto de la *episteme*, el saber ligado por una coherencia formal, no abarca todo el campo de la experiencia humana.

Define entonces la subjetividad *"como sistema organizado de símbolos, que aspiran a abarcar la totalidad de una experiencia, animarla y darle su sentido"* (68).

Así, por oposición a la función definida como simbólica del sujeto del inconsciente, Lacan propondrá caracterizar la función del yo como predominantemente ilusoria, imaginaria.

Dice textualmente:

(...) la conciencia es algo que se produce cada vez que tenemos... una superficie tal que pueda producir lo que llamamos una imagen. Es una definición materialista. (...) La superficie de un lago puede ser así reemplazada por el área striata del lóbulo occipital, porque el área striata, con sus capas fibrilares, es enteramente semejante a un espejo. (...) todo lo que es imaginario, todo lo que es, hablando con propiedad, ilusorio, no por ello es subjetivo.

Lacan lo repetirá una y otra vez, adoptando diversas fórmulas: Al reconocerse en la imagen que de sí mismo le ofrece el otro, el niño unifica la dispersa experiencia fragmentada de su cuerpo en una gestalt que constituye la primera representación de su yo.

El estadio del espejo será entonces una experiencia necesariamente anterior a la construcción del esquema corporal.

Por otro lado el sujeto sólo se constituirá como tal a partir del surgimiento del símbolo o, lo que es lo mismo, a partir de la consolidación de su capacidad para representar simbólicamente la ausencia del objeto, y para transferir a dicha representación simbólica gran parte del afecto originalmente ligado al objeto. √√

Desde su aparición, por tanto, el sujeto del inconsciente estará últimamente ligado a la constitución del deseo.

En la medida en que el deseo sólo puede sostenerse sobre la ausencia de aquello de lo que el sujeto carece, el sujeto del inconsciente sólo puede ser sujeto deseante, sujeto de una falta.

Más precisamente, su fundación se halla en una prohibición que recae sobre el objeto, desajando de él al sujeto, que queda así definitivamente separado de él.

El Sujeto Simbólico, entonces, el Sujeto del Inconsciente, tiene su origen en una herida, en una pérdida primordial.

Sería lo propio del yo, por el contrario, reconocer y reconocerse en los objetos, por lo que el deseo inconsciente sólo puede ser vivido a nivel de proceso secundario, a nivel del yo, con cierto grado de tensión.

En la lógica de esta argumentación, Lacan acabará por identificar instinto de muerte y orden simbólico, argumentando que es el orden simbólico lo que tiende, verdaderamente, más allá del Principio del Placer.

Así, en su concepción de la función simbólica, la palabra, el alcance del sentido, desborda ampliamente los signos.

Nosotros proponemos, más precisamente, que la diferenciación entre yo/sujeto del inconsciente permitiría la discriminación conceptual, a nuestro juicio esencial, entre significado / sentido.

El significado, como producto del código y por tanto general e intercambiable, configura un campo de Objetividad, que es el campo de los intercambios comunicativos.

El sentido, por su parte, como producto del cruce del sujeto del deseo, que es el sujeto de la experiencia, con los significantes, configuraría un campo de Subjetividad que es el campo simbólico.

Cuando funcionan complementariamente, el Significado, producto del código, se enriquece con el Sentido generado por la experiencia real del sujeto que utiliza el lenguaje para comprenderla.

El Sentido introduciría así en el lenguaje un punto de vista radicalmente subjetivo, polarizado por el deseo que lo guía, al tiempo que se constituye en una interrogación acerca del mundo de los objetos constituidos de la conciencia.

Y si, como venimos proponiendo, es la singularidad de la experiencia real, su carácter irreductible y verdadero, lo que el Sentido introduce, entonces este afectará irremediablemente al Significado ejerciendo sobre él un efecto de apertura, lo que conlleva, sin duda, una cierta pérdida de precisión referencial, es decir, de comunicabilidad.

La tensión que introduce el sentido en el campo de la eficacia comunicativa, por tanto, eso que lo hace tan incómodo, es el deseo introducido por el Sujeto del Inconsciente que, no reconociéndose en la multiplicidad de los objetos que pueblan su discurso, insiste en su deseo.

REFERENCIAS

- Dor, J. (1.985) *Introduction à la lecture de Lacan* Trad. Gedisa 1.994 Introducción a la Lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje. Ed. Gedisa: Barcelona
- Freud, S. (1.923) *Das Ich und das Es* Trad. Biblioteca Nueva 1.976 El Yo y el Ello. Ed. Biblioteca Nueva: Madrid
- Lacan, J. (1.975) *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre I: Les écrits techniques de Freud, 1.953-1.954* Trad. Paidós 1.981 Los Escritos Técnicos de Freud Ed. Paidós: Buenos Aires
- Lacan, J. (1.978) *Le Séminaire de Jacques Lacan. Livre II: Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse, 1.954-1.955* Trad. Paidós 1.983 El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica E. Paidós: Buenos Aires
- Wolfe, T. (1.987) *The Bonfire of the Vanities* Trad. Anagrama 1.988. La Hoguera de las Vanidades. Edt. Anagrama: Barcelona.